

Presente y futuro de la diplomacia colombiana: la lectura de un Embajador

Entrevista al embajador (r), Carlos La Rotta La Rotta, ex director de la Academia Diplomática de San Carlos

por Mónica Fortich Navarro, 19 de febrero de 2008

Fortich: Embajador La Rotta, creo que podemos empezar por precisar el contenido de algunos conceptos que para profesores y estudiosos resultan esenciales para definir Relaciones internacionales, ellos son: diplomacia, política exterior y política internacional, está usted de acuerdo?

La Rotta: Sin duda la precisión conceptual en los medios estudiosos de las disciplinas que se ocupan del quehacer internacional es esencial. Imaginémos el mundo como un rompecabezas en el que cada mapa, cada figura de ese rompecabezas es un país –técnicamente un Estado– el cual, debe armonizar, articularse con el conjunto, no puede haber una ficha con una escala o diseño diferente porque se distorsionaría el rompecabezas. Ahora, sabemos que un proyecto político pretende atender las circunstancias, los problemas y expectativas de un país, de una sociedad, el componente o la gestión que se deba adelantar fuera de las fronteras nacionales para satisfacer esos intereses nacionales, se llamaría el proyecto de política exterior, esto es el componente de un proyecto político que requiere una gestión que supere el marco doméstico, teniendo en cuenta, por supuesto, los condicionamientos del entorno exterior, como la

CRITARIOS

gestión de cooperación internacional, consecución de empréstitos, búsqueda de la solidaridad para atender los problemas de un país, en fin. Es esencial no perder de vista que el proyecto de política exterior pretende la atención del interés nacional.

Fácil es entender entonces que cada país, cada ficha del rompecabezas planetario, tiene un proyecto de política exterior, si tenemos 180 Estados, son 180 políticas exteriores. La interrelación de esas políticas exteriores constituye la noción básica de política internacional. Es decir, que un proyecto de política exterior de un país toma visos de política internacional cuando entra a interactuar en el escenario internacional. Ahora, el accionar tanto de la política exterior como el de la política internacional, con la extrema complejidad que el mismo conlleva y que incluye la infinita gama de situaciones de conflicto, coincidencias de objetivos, etc. nos da la noción de relaciones internacionales. Pero el asunto es más complejo, la noción de relaciones internacionales no se limita a la interrelación de los Estados, también abarca por imperativo de las realidades, el actuar de actores diferentes a los Estados.

El procedimiento como el Estado se va a relacionar con el exterior, el cómo va a desarrollar su proyecto político con los demás sujetos del derecho internacional, la forma como gestionará la satisfacción de los intereses nacionales, constituyen la diplomacia, de ahí que ésta se entienda como arte y como ciencia y que por tanto requiere órganos ejecutores especializados, un servicio exterior profesional, altamente calificado.

F./ ¿Cree usted que en la definición moderna que se ha hecho de relaciones internacionales se toma en cuenta la evolución natural de esos conceptos o finalmente cuando se habla hoy de relaciones internacionales, la ambigüedad es el criterio esencial, cómo se precisa exactamente y que contiene?

L.R./ No, no es la ambigüedad el criterio característico del alcance o definición de relaciones internacionales. Lo que ocurre es

que la expresión es en extremo compleja, encontraremos tantas definiciones de relaciones internacionales cuantos tratadistas o escuelas se ocupen del tema; lo que hay que tener en cuenta es la interacción entre los actores de la política internacional que si bien principalmente son los Estados-Nación y los Organismos Internacionales, únicos sujetos de derecho internacional, también debemos contar con el juego de las organizaciones internacionales privadas, las ONG y otros actores. ¿Podemos imaginar la acción intermitente, en todas direcciones de un mundo con 180 Estados, y unas diez mil organizaciones, cada uno con sus intereses?, el estudio de la forma como se actúa en este contexto, los objetivos, son la esencia de las relaciones internacionales.

F./ ¿De qué manera cree usted que el concepto más amplio de relaciones internacionales privilegia la función diplomática o realmente es un componente entre tantos del mismo?

L.R./ Precisemos un asunto importante, una definición de relaciones internacionales la concebiríamos como una rama de las ciencias políticas que estudia fundamentalmente las relaciones entre las unidades políticas con el rango de Estados, más precisamente Naciones-Estado, estudio que no excluye la gestión de los actores no estatales. Ahora, el estudio al que hacemos referencia debe contemplar el conocimiento de los procedimientos, las vías, el comportamiento de los diferentes actores en el desarrollo de un proyecto político o en la actitud frente a un hecho relevante en el universo internacional, esta es la forma como se adelantan esas relaciones. En este sentido, el concepto de diplomacia nos resulta esencial para analizar integralmente la complejidad de las relaciones internacionales.

F./ ¿Se podría concluir que en el fondo el estudio de las relaciones internacionales pretende aclarar una aparente o real confrontación entre idealistas, como los teóricos y académicos y los realistas como hombres de Estado?

L.R./ Por supuesto, las contradicciones teóricas, los frecuentes abismos entre la teoría y la práctica hacen dinámico y apasionante

el estudio de las relaciones internacionales. Creo que es un error matricular los hechos y las teorías simplemente como realistas o idealistas, no necesariamente debe ser así. En diplomacia hay un principio que nos da luces: *in medio stat virtus*, el justo medio es la virtud; no se podrían estudiar las relaciones internacionales bajo un enfoque eminentemente realista, a la manera de Morgenthau, cuando concluye la Segunda Guerra mundial o, incluso, analizarlas exclusivamente bajo el discurso wilsoniano, el gran idealista a la luz de las realidades de la época. Cuando repasamos la vigencia del concepto del equilibrio del poder en Europa, encontramos Monarcas y Primeros Ministros que se declaraban abiertamente matriculados en la concepción idealista de la organización internacional –precursores del pensamiento wilsoniano, diríamos– ese era el discurso, pero en la práctica, en los actos de gobierno, eran fervorosos, aventajados alumnos de Maquiavelo, bajo los eufemismos que incluso alcanzaron el rango de doctrinas como “Razón de Estado” y posteriormente “Realpolitik – Citemos algunos ejemplos, Richelieu, Mazzarino, Meternich, Bismark, así como estudios de su gestión en sus tiempos y en sus contextos históricos, es fascinante.

Henry Kissinger en su espléndida obra *Diplomacia* nos presenta ágilmente la diferencia de enfoques, de actitudes entre los ámbitos de acción de los académicos y los estadistas.

E./ ¿Cuál cree usted es la importancia de una carrera como relaciones internacionales en un momento de la historia absolutamente interconectado como el actual?

L.R./ Efectivamente, una realidad de nuestro tiempo es la globalización, la interdependencia de los fenómenos que gravitan en el universo internacional. El mundo se empequeñeció. Un hecho relevante, característico de la actualidad es la llamada diplomacia presidencial, la frecuencia con que los jefes de Estado, los cancilleres y los ministros viajan, la enorme actividad

de los demás actores, de las organizaciones, de las empresa transnacionales, en fin. Asistimos también al auge, a la instantaneidad, a la magia de las comunicaciones. Ante un mundo así, algunas personas se aventuraron a decir que era el final de los servicios exteriores o de las carreras diplomáticas. No han transcurrido muchos años para demostrar y evidenciar que es absolutamente lo contrario. Cada vez más se requieren mejores servicios exteriores, más calificados y especializados en los diferentes temas de la política internacional.

Pero no solamente los Estados requieren especialistas en relaciones internacionales, le puedo asegurar que no hay actor en las relaciones internacionales que no requiera el apoyo de profesionales en este campo. Los organismos internacionales, las empresas transnacionales, las ONG. Es una realidad incontestable, el tratamiento de los temas de la agenda mundial, requiere cada vez más y mejores especialistas. Necesidad que se evidencia más en el caso colombiano, por la variedad y complejidad de los temas a tratar no sólo los de la agenda exterior, de manejo gubernamental, sino por la gestión de los sectores privado, empresarial y académico, en fin. En Colombia, hasta hace unos 20 ó 30 años teníamos una muy importante facultad de diplomacia y de relaciones internacionales en la Universidad Jorge Tadeo Lozano. La Universidad colombiana ha respondido a la exigencia del país, a la demanda de los jóvenes de más facultades y programas universitarios orientados al estudio de las relaciones internacionales y de las disciplinas conexas a esta actividad. Hoy contamos con varias facultades de Ciencia Política, Relaciones Internacionales, Comercio Internacional, en importantes universidades no sólo en Bogotá sino también en varias ciudades del país. La clave está en la calidad y el nivel de excelencia de los profesionales egresados, este aspecto es fundamental no sólo por las propias necesidades de nuestro país, sino porque en todos los ámbitos de la actividad del ser humano, precisamente expresión de la globalización, la calidad, la idoneidad profesional son esenciales.

F./ Hasta hace unos años el ejercicio de la diplomacia era en su mayoría un asunto de abogados, se suponía que él tenía elementos para manejar la política exterior por sus fundamentos de derecho internacional público y privado. Para el diplomático o especialista de la actualidad, ¿qué materias considera usted son fundamentales?

L.R./ Registramos en la historia de las relaciones diplomáticas en que para ser diplomático era requisito indispensable pertenecer a un alto nivel social, ser muy adinerado, tener lo que se llamaba “mundo”, haber viajado bastante, tener incluso capacidad de adaptarse al medio extraño, un alto nivel cultural y un comportamiento social impecable. Las cosas se han ido complicando. Si, por supuesto, el abogado ha sido, es y será indispensable en el quehacer diplomático, porque es el intérprete de la concepción jurídica, porque uno de los aspectos esenciales en el ejercicio diplomático es el derecho internacional.

Pero hoy en día es tal la complejidad de las relaciones internacionales y por tanto la necesidad de especialistas en diferentes disciplinas que para el ejercicio diplomático, son bienvenidas otras profesiones. Le pongo como ejemplo lo que ocurre en la Carrera Diplomática y Consular de Colombia, una de sus mayores riquezas es la variedad profesional, en efecto, cuenta con abogados, economistas, especialistas en relaciones internacionales, arquitectos, politólogos, filósofos, matemáticos, ingenieros, médicos..., porque no hay un tema que no tenga que ver con política exterior y con relaciones internacionales. Lo que pasa es que todas estas profesiones se subsumen en un común denominador que se llama especialista en relaciones internacionales, que requiere unos estudios especializados, un proceso de formación, de capacitación diplomática, una permanente actualización.

F./ ¿Cuáles cree usted que son las materias claves para un especialista de las relaciones internacionales?

L.R./ Estimo que no puede hablarse en nuestro tiempo de un especialista en relaciones internacionales, cualquiera que sea el ám-

bito de su ejercicio profesional, sin el conocimiento básico de la ciencia política, de los regímenes políticos contemporáneos, de la historia diplomática del país y de la internacional, de la historia y teoría de las relaciones internacionales, de la economía, bases de comercio internacional, del derecho diplomático, y por supuesto, negociación internacional, tanto política como en asuntos especiales y, naturalmente, los idiomas de uso diplomático. Estas necesidades profesionales lo son desde el punto de vista general, pero cada país, como lo anotamos, con una política exterior “individual”, requerirá para su proyección, especialistas en determinadas áreas, dependiendo de su propia agenda exterior. Podemos imaginarnos acaso un diplomático colombiano que representa, defiende y gestiona los intereses del país sin el conocimiento de la realidad nacional, de sus problemas esenciales? Cómo podría representar a un país que ignora?

F./ En su experiencia con las universidades de élite y las nacientes del caso colombiano ¿cuál es el enfoque que prevalece o que ha podido detectar? ¿Existe una tendencia?

L.R./ Permítame observar que en los medios académicos la élite se determina a la manera del pensamiento griego, no se trata de la pertenencia a un estrato social o a un nivel económico, o a una bandería política, es el saber, la virtud, lo que determina la pertenencia a una élite. En este contexto, lo que sería la élite de las facultades de relaciones internacionales es el nivel académico, la profundidad de los programas, el acervo de experiencias, la capacidad integral del egresado, el cómo el profesional va a procesar el conocimiento y la experiencia que su Universidad le dio para ponerla al servicio del país, bien en el sector público, bien en el sector privado. Esos factores permitirían distinguir a un profesional de élite. Por tanto las facultades de Relaciones Internacionales, tanto las de amplia tradición, como las de reciente creación, las de Bogotá o las de otras ciudades, tienen el desafío y la responsabilidad con el

país de entregarle profesionales de élite a fin de que puedan desempeñarse con idoneidad.

F./ ¿Usted reconocería tendencias de algunas universidades, por ejemplo más hacia una orientación como la económica, la jurídica o la política?

L.R./ Debo decirle, con franqueza, que no conozco todos los programas de las facultades de Relaciones Internacionales. Tuve el honor de representar al Ministerio de Relaciones Exteriores en el Consejo Nacional de Profesiones Exteriores y Afines, veíamos otros componentes. Unas universidades enfatizan en procesos de negociación internacional. Tenemos, por fortuna, facultades de Ciencia Política, de Comercio Internacional, de Diplomacia, otras enfatizan en procedimientos de resolución de conflictos, en derecho internacional y derechos humanos. En el fondo, también cada profesional tiene su propia aptitud o vocación temática, incluso las propias facultades están ofreciendo énfasis temáticos a los egresados.

Creo que, tan importante como los énfasis en los programas es el explicarle a los jóvenes que inician la carrera, que primero ésta es una necesidad, una exigencia del mundo actual, que cada vez se requieren más y mejores profesionales, pero no hay que caer en el equívoco que la única fuente del ejercicio profesional es el ingreso a la Carrera Diplomática y Consular, porque eso sería la negación misma de lo que acabamos de observar. Pertenecer a la carrera diplomática es un altísimo honor para un profesional, más cuando se llega a ella, mediante una opción democrática, acreditando una calidad, una idoneidad profesional. Pero no es el único espacio. Si así fuere, por ejemplo, cada año ingresan a la carrera diplomática nueve profesionales, pero en las facultades tenemos 500 egresados, quiere decir que habría 491 profesionales frustrados. De ninguna manera puede darse esta interpretación, además, sería el desconocimiento de la realidad internacional. No hay ámbito,

sea privado o público, nacional o internacional, en el que no se requiera la gestión fundamental en un proyecto de ejecución exterior, de un especialista o un profesional en relaciones internacionales. La demanda es evidente, lo que debe mostrarse es calidad profesional.

F./ ¿De acuerdo con lo anterior, se puede plantear como una necesidad desmitificar la carrera diplomática?

L.R./ Lo que debe hacerse es impulsar, continuar el fortalecimiento y consolidación de la carrera diplomática y consular, no es un capricho o una veleidad, es una necesidad, una exigencia del país. La carrera diplomática en Colombia tiene excelentes bases para su proyección: la opción democrática para su ingreso, los niveles de exigencia, los rigurosos procesos de formación y capacitación, su integración multidisciplinaria; claro, hay que revisar, ampliar y profundizar los procesos de capacitación, los cuales no deben estar orientados solamente a los miembros de la carrera diplomática, sino también, e incluso con mayor razón o necesidad, a otros sectores del servicio exterior. Debe recordarse que la carrera diplomática, es sólo un sector del servicio exterior, los otros sectores integrantes de éste son el libre nombramiento o provisional y la carrera administrativa, la que incluso debe tener una reglamentación especial dentro de la normatividad general del servicio administrativo. Planteamos la necesidad de un servicio administrativo exterior.

El fortalecimiento de la carrera diplomática y consular debe partir de una clara y nítida decisión política. Colombia, precisamente por la complejidad de su agenda y las características del entorno nacional e internacional, requiere una carrera diplomática sólida, eficiente, reduciendo el espacio del nombramiento provisional para ampliar su cobertura, pero por favor, no me entienda que se está descalificando el aporte del libre nombramiento o provisional a la ejecución del proyecto de política exterior. Objetivamente hablando, diplomáticos idó-

neos no son todos los que están en la carrera como tampoco son todos los que son de libre nombramiento. Fíjese usted que la necesidad de la profesionalización del servicio exterior es una percepción generalizada, una demanda de académicos y orientadores de la opinión pública, de especialistas en diferentes temas del quehacer internacional, con independencia de la pertenencia a un grupo o partido político.

E./ ¿Cuál es su opinión sobre este andamiaje del servicio diplomático colombiano, usted que lo conoce desde adentro y que ha tenido la oportunidad de estar en contacto con la instancia académica, quizás la más importante?

L.R./ El gobierno nacional desde años atrás, esto es desde el primer período del presidente Alvaro Uribe, con la orientación y supervisión de la entonces Canciller Carolina Barco, ha adelantado un esfuerzo importante en la profesionalización del servicio exterior y particularmente, en consolidar a la Academia Diplomática como órgano encargado de la formación, selección y capacitación de los profesionales que integrarán la carrera diplomática colombiana, también sería injusto no precisar que el proceso de fortalecimiento de la Academia y de la Carrera se inició ya hace varias décadas. La opción democrática, como base para ingreso a la Academia, la transparencia y rigurosidad en los procesos son esenciales en el propósito de consolidar a la Academia como centro de formación y diagnóstico.

Tiene por supuesto nuestro servicio exterior serias debilidades, no siempre el libre nombramiento atina al mejor representante o agente diplomático. La carrera diplomática con todo el progreso que presenta, con todo su talante profesional, está todavía lejos de responder integralmente a las necesidades del país. Por eso es que se requiere el concurso de especialistas que la carrera diplomática y consular no siempre tiene, pero este aspecto debería ser la excepción. Ahora, no puede entenderse que la carrera tenga una reacción negativa *per se* al libre

nombramiento, no es así, por fortuna, líderes con visión de Estado, brillantes especialistas en derecho internacional, relaciones internacionales, comercio, y, académicos de libre nombramiento, con sus ejecutorias, son un orgullo para la diplomacia de Colombia.

F./ Para la mayoría de las personas que no conocen bien la estructura de la carrera, siempre surgen muchas preguntas sobre el sistema de libre nombramiento de las embajadas. Después de 30 años para llegar a ser embajador de carrera, ¿cómo analizar esa relación entre una persona que está en toda la posibilidad de desempeñarse en ellas por derecho y experiencia, frente al nombramiento de figuras políticas?

L.R./ El funcionario de carrera diplomática y consular, por su propio orgullo profesional y por el compromiso institucional, está en permanente ejercicio de capacitación, lo siente como uno de sus deberes, quiere trabajar más, estar más atento al cumplimiento de sus responsabilidades. Cuando precisamente en una misión encuentra compañeros del servicio exterior de libre nombramiento que por más buena voluntad que posean no tienen la pericia, el tacto, la prudencia o la experiencia en el manejo de tales o cuales situaciones; esta situación compromete más al funcionario de carrera, siente que más allá de ser un funcionario de carrera, está con la camiseta de la selección Colombia y por tanto no ahorra esfuerzos por trabajar en equipo, por apoyar su integración, pero esta situación también puede operar al contrario, puede ocurrir que un funcionario de libre nombramiento, con su especialidad y experiencia pueda aportar conocimientos que contribuyan al desarrollo profesional del funcionario de carrera.

F./ ¿En su desempeño como diplomático y como ex Director de la Academia Diplomática, qué experiencias nos puede contar que le signifiquen una especial satisfacción u orgullo?

L.R./ Pertenezcí durante 30 años a la Carrera Diplomática y Consular, gracias a la opción democrática que me permitió presen-

tarme por concurso público para ingreso al Ministerio. Comprenderá usted que en 30 años tiene uno muchas experiencias satisfactorias, otras duras pero aleccionadoras. Si pudiera sintetizar las dos más profundamente significativas para mí, está el hecho de haber entendido la complejidad de la diáspora colombiana en el consulado general de Roma, haber servido a la comunidad colombiana en esa jurisdicción y haber atendido, sin reserva, a la población carcelaria en el propósito de recuperar ciudadanos. Esta experiencia, con la de otras en el ámbito consular me permite decirle, con absoluta convicción, que el servicio consular, entendido en su verdadera dimensión, con mística por el servicio público, no es ni más ni menos que un sacerdocio. Esto parecería exótico, pero yo lo entiendo así, cuando uno se encuentra como funcionario consular, con el dolor y la tragedia humana y el deber moral y legal de servirle, no tiene reserva alguna en su gestión.

También fue para mí altamente honrosa y satisfactoria la responsabilidad de desarrollar, como Director de la Academia, los programas y parámetros fijados y supervisados por el Consejo Académico de la Academia Diplomática de San Carlos en la organización de los diferentes procesos a su cargo, la enorme responsabilidad de incidir en el proyecto de vida de los profesionales que confiados en sus valores y en la y transparencia de los procedimientos, se presentaron a la Academia al concurso para ingreso a la misma y responderles con lealtad, con absoluto respeto, sin olvidar un instante la responsabilidad con el Ministerio de seleccionar los profesionales que acreditaran la idoneidad necesaria para iniciar el proceso de formación diplomática. Así mismo, el deber de implementar las pruebas de ascenso en la Carrera Diplomática y Consular en la doble tarea de apoyar al funcionario en la acreditación de su capacidad integral para ascender y asegurarle al Ministerio de Relaciones Exteriores que ese ascenso significaba una mejoría cualitativa en el servicio exterior.

F./ ¿Y si pudiéramos pensar en un evento realmente negativo, de implicaciones lamentables en ese mismo ejercicio?

L.R./ Hay un aspecto que es inherente a la estructura interior, moral y ética del individuo. Reveses y circunstancias adversas los hay con frecuencia. El ser humano debe tener la lucidez para percibir que un hecho aparentemente negativo siempre deja enseñanzas positivas, aleccionadoras. De manera que, hechos negativos esencialmente negativos porque sí, no es mi estructura personal. Cada traspie e incluso aparente traspie, deja una lección, un hecho positivo, un motivo para rectificar o profundizar, lo importante es luchar bien en procura de la realización progresiva de las aspiraciones dignas, teniendo como norte el cumplimiento cabal de las responsabilidades a cargo.

F./ En el ejercicio profesional ¿cuál cree usted que es de mayor competencia para la carrera, atender asuntos coyunturales o procesos de más largo alcance o estructurales?

L.R./ Hay un planteamiento que es de vigencia universal y no solamente para el caso colombiano. ¿Cuál es el diplomático ideal que necesita un país? el que responda con idoneidad a sus necesidades, que realmente sea un apoyo de primer orden en el desarrollo de su proyecto de política exterior que a su vez pretende la satisfacción de los intereses nacionales. El ejercicio diplomático, por diferentes circunstancias, es complejo, en el mismo encontraremos elementos coyunturales y de largo alcance, pero también los fácticos. Si por ejemplo, sucediera una hecatombe natural como una tragedia o epidemia de una dimensión tal que el gobierno nacional no alcanzara con sus recursos a atenderla adecuadamente, se requeriría gestionar la cooperación internacional, y esto pasaría a ser un elemento coyuntural, pero prioritario de la política exterior. El hecho, por ejemplo, de la necesidad de que la comunidad internacional entienda que ciertos problemas no son exclusivos de nuestro país, sino que incumben a la comunidad internacional, es un

proyecto que no se puede descuidar y que es necesario trabajar permanente y decididamente hasta que la comunidad internacional entienda que es un problema de dimensión universal, que es responsabilidad de todos atenderlo, como por ejemplo el crimen organizado, el narcotráfico o el terrorismo. Esos son problemas que afectan a todo el mundo y que van más allá de lo coyuntural, podríamos enunciarlo como propósitos a mediano o largo plazo.

En síntesis, el diplomático colombiano debe tener la formación, la experiencia y la percepción necesaria para que integralmente esté en condiciones de ser un apoyo, un ejecutor idóneo de la política exterior que diseñe el gobierno nacional, bien sea de orden coyuntural, a mediano o largo plazo.

F./ Teóricamente existen muchas definiciones sobre la agenda mundial, a propósito de la coyuntura y la estructura, a su juicio ¿cuáles son esos temas que entran en la agenda mundial como un consolidado de asuntos comunes? ¿Cuáles ocupan la acción diplomática colombiana?

L.R./ Hay una particularidad en la política exterior de Colombia, que fíjese usted, si se examinan algunas políticas exteriores de otros Estados, uno dice que tal país tiene el problema de las zonas desérticas, otros tienen el problema de falta de petróleo, otro que sus reservas internacionales son mínimas... en fin. Si usted mira la agenda mundial, en una visión rápida, los grandes problemas son la necesidad de la cooperación internacional para el desarrollo, el terrorismo, el tráfico de armas, la proliferación nuclear, el tema del agua, la capa de ozono, las migraciones, etc., pero fíjese que muchos temas de la agenda global son también parte de la agenda colombiana. Agreguémosle el mandato constitucional de impulsar los procesos de integración, la atención de las comunidades colombianas en el exterior, los grandes problemas nacionales que tienen enorme incidencia en la gestión exterior y la necesidad de pro-

fundizar en las relaciones de amistad con los demás Estados. Esto es para evidenciar la extrema complejidad de la política exterior de Colombia y por supuesto la necesidad de contar con un servicio exterior altamente eficiente y capaz.

F./ Usted que ha estado en escenarios a nivel internacional ¿cómo cree que perciben en el exterior a los colombianos?

L.R./ Quienes conocen nuestra historia reconocen nuestra irreducible vocación democrática, la solidez de nuestras instituciones y nuestra fe en el derecho. Importantes personalidades internacionales se preguntan ¿cómo un país con esa extrema complejidad de problemas como los que tiene Colombia, con una subversión de 40 ó 50 años, la inequidad en la distribución de la riqueza, la pobreza, la diáspora presenta índices de crecimiento sorprendentes e indicadores alentadores?, es la tenacidad y la fe de los colombianos, mire los estudios de los sociólogos de cómo buena parte de la población vive feliz, la clave está en las fortalezas del país.

En efecto, contamos con un potencial, unas fortalezas promisorias que ojalá los colombianos tuviéramos plena conciencia de ellas. Nosotros en Colombia tenemos el privilegio, con todos los defectos que pueda haber en nuestro sistema democrático, de elegir desde la autoridad local, la de nuestro vecindario, hasta al Presidente de la República y el Congreso, la autoridad y la independencia de los organismos fiscalizadores que representan a la sociedad, la separación de los poderes públicos y su independencia; el profesionalismo y la formación académica de las fuerzas militares, la permanente superación de la Policía Nacional, el papel de la mujer, el rol del sector privado... y, lo fundamental, la fe del colombiano en que el país superará las circunstancias que le son adversas.

Hay un libro que menciono, porque es una de las joyas que tenemos en el tratamiento de esta materia, y que recopila importantes trabajos sobre las fortalezas de Colombia, que editó

el profesor y embajador en Francia Fernando Cepeda , que se llama precisamente *Fortalezas de Colombia*, creo que es uno de los libros de obligatoria lectura para quienes pretenden en el servicio exterior defender los intereses de Colombia.

F./ ¿El diplomático colombiano aparece como el sujeto que encarna ese espíritu de optimismo y positividad?

L.R./ El funcionario diplomático tiene que tener plena conciencia de sus deberes, de las realidades de su país y de su responsabilidad en su gestión exterior como órgano ejecutor del mandato superior que le dicta el Presidente de la República y el Ministro de Relaciones Exteriores en desarrollo del proyecto de política exterior.

Cuando hablamos del servicio exterior como un servicio especializado, estamos diciendo también que el diplomático debe contar con un enorme acervo cultural, saber geografía, historia, por supuesto idiomas, las materias inherentes a su función, un comportamiento intachable, tiene que tener muy en claro el cumplimiento de los objetivos de su misión y de las tareas que se le han asignado. Hay unas calidades que son inherentes al diplomático: debe ser una persona veraz y honesta. Uno de los errores de los diplomáticos es el exceso de vanidad, el temor a equivocarnos o a evidenciar que nos equivocamos, porque si el jefe cree que somos brillantes, ¿cómo decirle que cometimos un error en un informe o en un diagnóstico?, no puede sacrificar ese valor esencial que es la precisión y la absoluta honestidad. Sin esos valores un diplomático está perdido. También son esenciales la capacidad de adaptación a medios extraños, la capacidad de trabajar en equipo.

La carrera diplomática dura unos 30 años, ¿se imagina usted a un diplomático que no tenga capacidad de trabajar en equipo, que no tenga honestidad intelectual para rectificar, que no tenga precisión conceptual, que no sienta la necesidad de aprender, ni de actualizarse permanentemente, ni la vocación

de servicio? Por eso es que los servicios diplomáticos y por supuesto nuestro país se preocupan cada vez más por las calidades estructurales, además de las académicas, e incluso por la condición psíquica del individuo. Debido a que todos los seres humanos tenemos ciertas particularidades o patologías que de alguna forma inciden negativamente en el ejercicio profesional con el consecuente daño para el servicio exterior del país.

F./ ¿A propósito de las cualidades del diplomático, en las que usted ha insistido en esta entrevista cuál es su lectura del tema ético?

L.R./ En todas las actividades de los seres humanos en sus ejercicios profesionales se requiere una estructura ética de muy alto nivel. Una estructura ética débil, sencillamente da al traste con la calidad integral del funcionario, la pérdida de la autoridad moral es un daño irreversible en la proyección del funcionario. Hay unos valores que son absolutos y así debe ser, o se tienen o no se tienen. Una persona puede ser medianamente inteligente, medianamente eficiente, trabajador, pero la lealtad al gobierno al que se sirve es fundamental en un diplomático. La lealtad con el país y con el gobierno es fundamental. No puede haber una lealtad que sea del 80% o del 40%. Estructura ética, lealtad, son, en efecto, valores absolutos. Otros valores tienen escalas o pueden ser medibles.

F./ ¿Hasta dónde habría conflicto entre esa lealtad frente al gobierno y la lealtad frente a unos ideales particulares?

L.R./ El diplomático debe tener la estructura profesional, mental y ética para manejar las crisis de lealtades. Si sus convicciones son sólidas dentro de los parámetros que anotamos, no se le va a presentar ninguna situación que no pueda manejar acertadamente. El ejemplo es así: si mi jefe me da una instrucción que yo considero desacertada o impropia para el servicio exterior de mi país o inoportuna o imprudente, es mi deber exponerle esta situación. Precisamente, porque soy leal a mi país y

a mi jefe, si él mantiene la instrucción, es mi deber obedecerla, sin reserva alguna. Cuando hay un problema de flagrante violación de la ley o una cuestión que viole definitivamente mis principios éticos, es mi deber dejar el cargo. A un cargo no me designan para que yo actúe según mi conciencia, me mandan es a servir a mi país y a mi gobierno y a poner lo mejor de mis capacidades al cumplimiento de una instrucción. En esos valores no se puede extraviar un diplomático, no puede tener crisis de lealtades, tiene que saber manejarlas muy bien. Como lo planteamos, su lealtad absoluta es con el gobierno a quien sirve. Ahora, si el gobierno le ordena algo absolutamente inmoral, o ilegal, o en conciencia no está de acuerdo, hay una figura que se llama la dimisión o la renuncia, o pide que se le asignen otras responsabilidades, pero no puede estar al vaivén de sus percepciones interiores la ejecución de un proyecto de política exterior.

F./ A su juicio, revisando unas referencias de textos fundacionales de la disciplina, ¿qué tratadistas de nuestro país recomienda a los estudiantes?

L.R./ En nuestro país tenemos una muy rica nómina de especialistas en temas internacionales en las diferentes disciplinas, menciono en este momento, en derecho internacional a Enrique Gaviria Liévano, José Joaquín Caicedo Castilla, Marco Gerardo Monroy Cabra, Diego Uribe Vargas, Rafael Nieto Navia, Luis Fernando Álvarez, S. J. Hernando Sánchez; Académicos además con la visión de hombres de Estado y especialistas en derecho internacional y relaciones internacionales, los ex cancilleres Augusto Ramírez Ocampo, Rodrigo Pardo García-Peña, Julio Londoño Paredes. Académicos como Eduardo Pizarro Leongómez, Germán Umaña, Socorro Ramírez, Alejo Vargas, Martha Ardila, Álvaro Tirado Mejía, Germán Cavalier, Raimundo Rivas, Alfredo Vásquez Carrisoza, Arlen Tickner, Gonzalo Fazio. Además, los trabajos de los centros

de investigación de las universidades Javeriana, Externado de Colombia y Nacional, pero naturalmente esta referencia no es excluyente, como lo anoto es la muestra de una muy importante Nómina de tratadistas y académicos, pero la relación de importantes tratadistas colombianos de enorme prestigio nacional e internacional es bastante más amplia.

F./ A título personalísimo ¿cuál es una obra inaplazable en su proceso de formación?

L.R./ Depende la materia, en historia diplomática a manera de recomendación para los jóvenes profesionales, tres obras que para mí han sido tutelares: *La historia diplomática de Potemkin* de la Academia de Ciencias de la U.R.S.S., la obra *Diplomacia* de Henry Kissinger y la *Enciclopedia Mundial de Relaciones internacionales y de las Naciones Unidas*, de Edmund Ozmańczyk. En materia de práctica diplomática la obra *Diplomacia*, del profesor mexicano Ismael Moreno Pino, esta obra es fundamental. No estoy desconociendo las obras de la academia peruana ni de la chilena, de Brasil y Argentina que son maravillosas. En derecho internacional, las de Monroy Cabra, Gaviria Liévano, Hans Kelsen, Alfred Verdross y González Campos, Sánchez Rodríguez y Sáenz de Santa María. Finalmente, ni pensar en hablar de historia diplomática de Colombia sin leer a Raimundo Rivas Sacconi, Germán Cavalier, Alfredo Vásquez Carriosa, Diego Uribe Vargas, Rodrigo Pardo... principalmente. Ah y las obras de Francis Fukuyama.

F./ En estos días, el asunto de la Declaración de Independencia de Kosovo y todo lo que la misma significa en el panorama internacional, da la sensación de que todavía hay un proceso de creación de comunidades bajo la forma de Estado. ¿Ese proceso va a seguir evolucionando?

L.R./ En determinadas circunstancias los Estados nacen, se reproducen y también mueren. Históricamente los mapas políticos

han sido elásticos, cambiantes. Por eso es necesario entender el concepto de los académicos y tratadistas de Nación-Estado.

La realidad es que el proceso de la desintegración de Yugoslavia no ha concluido. Fijémonos en Yugoslavia, ¿era el prestigio o la autoridad del líder del régimen el que mantenía tapada o controlada una olla a presión, y la base sociológica, con sus componentes indispensables en la conformación del Estado-Nación? Eran Tales las contradicciones internas que esta era una ficción. Lo que pasó con la misma U.R.S.S. y lo que estamos viendo con las manifestaciones nacionalistas en ciertos puntos de Europa, y en Asia citemos sólo el ejemplo de las convulsiones del Tíbet. De manera que no hay una estructura incólume del mapa político.

Usted acaba de citar el caso de Kosovo; Serbia no ha reconocido la independencia y cuenta con el apoyo –histórico por lo demás– de Rusia, otros Estados europeos, por diferentes razones, tampoco la han reconocido y por más que se argumente la particularidad de las circunstancias de Kosovo y la génesis misma del proceso de independencia, este hecho puede tener un efecto de, digamos, reacción química. Asistimos a una inusitada euforia por las declaraciones de independencia sobre bases étnicas; así las cosas ¿qué nos haría pensar que el mapa político del mundo está diseñado definitivamente? Lo preocupante es que en el plano internacional cada problema, cada crisis puede tener su propia dinámica y por tanto la incertidumbre sobre su evolución, más aún cuando los problemas internacionales están interconectados, una serie de vasos comunicantes, a veces invisibles, imperceptibles los interconectan; también es preocupante la ebullición en los Balcanes, zona de confluencia de grandes intereses de las potencias y que por tanto ha tenido un protagonismo de primera línea en la paz mundial. No olvidemos la historia.

F./ ¿Cuál es la lectura que se puede hacer de la realidad, acudiendo a la definición que Umberto Eco hace entre apocalípticos e integrados, en sentido de que las cosas sean vistas como procesos catastróficos y sin reversa o con salidas y proyecciones?

L.R./ Los analistas en relaciones internacionales no pueden actuar bajo la visión apocalíptica del porvenir. Su optimismo, basado en la conciencia ética de la humanidad, la fe en el derecho internacional, la visión de los gobernantes que buscan realizar los objetivos nacionales en paz, son fundamentales.

La humanidad descubrió tardíamente que las guerras no eran necesarias, que se hubieran podido evitar, han sido costosas lecciones y por eso le corresponde a los estadistas, a los especialistas en relaciones internacionales y a los diplomáticos estudiar, entender las características del sistema internacional a fin de diseñar y aplicar soluciones, fórmulas y vías de entendimiento. Con todo, en el largo y tortuoso camino, la comunidad internacional ha avanzado grandemente, en la tarea de la construcción del progreso en paz. A pesar de las graves amenazas, particularmente a la seguridad internacional, los procedimientos de solución pacífica de las controversias, el avance en el sistema de protección de los derechos humanos, la responsabilidad penal internacional, la cooperación para el desarrollo, el tratamiento mancomunado de problemas que afectan al mundo y los esfuerzos para el desarrollo plasmados en los procesos de integración, son ejemplos para creer en una visión optimista sobre el porvenir de la comunidad internacional.